

LAS INEFICACES REFORMAS AGRARIAS

NUEVA DELHI.—Las reformas agrarias en la India, desde su independencia en 1947, no han podido cambiar la estructura agraria del país. Y aún peor, la mayoría de las reformas están todavía fundamentalmente en el papel.

Todo ello ha dado el resultado de que las tensiones por las cuestiones agrarias van en aumento y pueden conducir a una situación explosiva.

Las tensiones agrarias fueron de carácter grave en 1967-68, coincidiendo con un avance verdaderamente importante en la producción agrícola debido a la aplicación de una nueva estrategia basada en una mejor tecnología e inversiones en dicho campo.

Este hecho fue ensalzado como «la revolución verde», y toda la estrategia estuvo inspirada por el Banco Mundial y Estados Unidos.

Pero la nueva tecnología estaba siendo ensayada en una anticuada estructura agraria. La principal debilidad de la estrategia es la ausencia de un cambio (que mucho se necesita) en las relaciones sociales, que mantenga el desarrollo sobre una base estable durante un largo período e incapace a las instituciones políticas dominantes para llevar a cabo los necesarios cambios estructurales.

Los expertos en la India ahora se percatan de que la llamada «revolución verde» apenas puede ser un sostén para el desarrollo rural en todas partes, o una fuente de movilización de recursos, ni para la infraestructura de la economía ni para la industria en el sector propiedad del Estado.

Cuando mucho y más, puede proporcionar un lazo efectivo entre los intereses del nuevo rico rural y los de la propiedad urbana. La «revolución verde» ha beneficiado al agricultor rico y ha acentuado las desigualdades socioeconómicas en el interior del país. Un estudio realizado por el Gobierno indio en 1969 halló que la revolución, en lugar de convertirse en un instrumento de transformación social, fue otra arma de opresión social y la causa de tensiones en el campo. La nueva tecnología preparó las metas de una producción más alta, pero, con poca consideración para los imperativos sociales, creó una situación en la que los elementos de la desigualdad, inestabilidad e inquietud han salido a relucir con la posibilidad de las crecientes tensiones. La conciencia de la injusticia y el hambre prevaletentes han dado lugar a agitaciones organizadas, incitando represalias por parte de los terratenientes.

Las tensiones han puesto al descubierto el fracaso de las reformas agrarias desde 1947. Estas reformas pudieron haber abolido las formas más evidentes del feudalismo, pero su objetivo principal —la abolición de los derechos intermediarios, eliminación de la concentración de tierra, distribución de la tierra a los desposeídos y a disposición de seguridad de los arrendatarios y los aparceros— no se ha logrado.

Estas medidas de reforma no han beneficiado al agricultor real en todos los casos, y hay bastante concentración de riqueza en la aldea. Más del 70 por 100 de la población india dependen de la tierra para su subsistencia, y un tercio no tiene tierra que cultivar.

Cerca del 47 por 100 de las familias campesinas poseen menos de un acre cada una, y el 22 por 100 no tienen ninguna tierra, con sólo del 3 al 4 por 100 de los agricultores disfrutando de todo el poder, de todas las influencias, tomando todas las decisiones en colaboración con la maquinaria del Gobierno y apropiándose de la destreza, recursos y empresas que las agencias del Gobierno ofrecen.

En 1969-70 la India fue testigo de una serie de movimientos de expropiación de tierra por los campesinos pobres y por los que no tenían ninguna. El alcance y la profundidad de estos movimientos indicaron las crecientes tensiones sociales en el interior del país. La desigualdad en la posesión de la tierra ha persistido debido al fracaso del Gobierno, que no ha podido cumplir las leyes existentes con efectividad. Gran parte del área cultivada se hace en pequeñas parcelas por aparceros y arrendatarios, quienes carecen de la seguridad de la pertenencia de la tierra y tienen que pagar rentas exorbitantes en efectivo y de otro tipo. El hambre de tierra, por tanto, sigue creciendo en la India. Grandes masas de campesinos paupérrimos no gozan de un mínimo de seguridad y justicia social.

A fines de 1969, el ministro del Interior de la India, Y. B. Chavan, convocó a una conferencia para discutir las reformas agrarias. «La revolución verde no permanecerá verde, a menos que vaya acompañada de una revolución basada en la justicia social», dijo.

En las poderosas oficinas del Gobierno, en Nueva Delhi, los burócratas repiten como una cotorra: «La revolución verde se tornará roja, a menos que las reformas agrarias sean llevadas a cabo». Pero uno tiene la impresión de que se está haciendo muy poco en la India por acelerar el paso de las reformas agrarias o por hacerlas efectivas. La nueva clase de ricos campesinos es la que se ha beneficiado de las medidas y de la asistencia del Gobierno, ofrecidas por las agencias estatales. Hay una aguda polarización de relaciones sociales y de propiedad en el interior de la India. Y, en realidad, la situación se está volviendo explosiva. ■

MOHAM RAM.

Los Contemporáneos

El empaquetador se equivocó, y mandó a Santiago de Compostela la copia de una película («Las melancólicas») que debía haber enviado a Londres, y viceversa. En San-

DOBLE VERSION

tiago se vio la copia dura —¡lesbianas en el baño!—, y en Londres, la copia blanda. Una primera reflexión sobre el asunto arroja un saldo indiferente: si hubo algunas o numerosas almas en peligro en Santiago —dicen que el cine se llenaba, y que había expediciones desde La Coruña y El Ferrol—, ese riesgo se evitó para un número equivalente de almas inglesas.

Reflexión primaria inadecuada. No estando en el Mercado Común, las almas españolas y las inglesas no son equivalentes. Precisamente, una de las reticencias que retrasan nuestro ingreso en las instituciones europeas es esta cuestión de nuestro espíritu, que tiene otra densidad y otro peso. La cuestión de las almas es cualitativa y no cuantitativa. Si vuelven ustedes a leer «El pescador de almas», que escribió André Maurois hace treinta o cuarenta años, lo comprenderán. Pero no es preciso citar autores judíos. Los hubo muy cristianos en la antigüedad, y los hay en la contemporaneidad, que saben cuál es la diferencia de peso específico entre un alma española y una inglesa. Si se estrecha la comparación, como el azar ha querido en este caso, entre unas almas santiagoenses y unas almas londinenses, cualquier intento de equivalencia resultará absurdo. De ahí, la conocida frase de que «somos la reserva espiritual de Europa». Es, por lo tanto, una cuestión de «clearing» («clearing» viene del inglés, «to clear», limpiar: verbo siempre adecuado en cosas de alma). Habrá expertos que determinen cuántas almas londinenses equivalen a una sola alma santiagoense. Por lo tanto, para equilibrar lo así perdido, puede ser necesario mantener en Londres la versión para españoles de «Las melancólicas» e inventar un procedimiento para que los londinenses vayan a verla, puesto que la idea de que no contenga lesbianas en el baño

puede resultarles impúdica y ofensiva. Quizá con cien, doscientos años de la película en Londres puedan evitarse riesgos a las almas inglesas, equivalentes a los que

se han ofrecido con dos o tres días de proyección de la versión dura a los santiagoenses. No lo sé. Es una cuestión para técnicos del «clearing» del purgatorio.

En todo caso, lo que interesa mucho es mantener esta política cinematográfica de las «dobles versiones» —una para españoles y otra para extranjeros—, e incluso ampliarla mucho a otros campos de la vida nacional. Hagamos dobles versiones de todo. Las industrias ya la practican hace tiempo: los artículos para la exportación —las conservas, los chupachups, los botijos...— son distintos que los del consumo interior. El cine también lleva algunos años de dobles versiones, y en el campo de los libros hay, parece, algunos tímidos intentos.

Llevémosla ahora a la política, a la vida pública. Que nuestros eminentes políticos hagan una doble versión de sus discursos, que nuestros periódicos hagan dobles ediciones. Haya escuelas donde a los españoles se les dé una doble versión: una para cuando viajen, otra para cuando se queden aquí. Que haya elecciones que sólo puedan ser computadas en el extranjero y no valgan dentro, que haya un Parlamento a la usanza europea y unas Cortes para usanza española. Y modas, y vestidos y costumbres. Creemos enteramente una doble versión de España. Una, la de lo que ellos quieren ver; otra, la de siempre. La de lo nuestro. Absoluta y perfectamente inasequible al desaliento. Pero, reflexionando, ¿no es esto algo de lo que está pasando ya? ¿No se está avanzando mucho en esta cuestión nacional de las dos versiones en estos últimos tiempos?

Hay siempre un riesgo, el de la Operación Santiago: que un día se equivoque el empaquetador y nos encontremos aquí con la versión exterior definitivamente implantada. Y ya no haya quien la cambie... Es un riesgo que se está corriendo.

POZUELO